

ALGUNOS RECUERDOS DE EDMUNDO GUIBOURG*

Trabajador y dirigente cultural

La Academia Argentina de Letras ha convocado a sesión pública para recordar a Edmundo Guibourg, figura consular de las letras y de nocturnos trajines porteños, en el año en que se cumple el centenario de su nacimiento, ocurrido un 15 de diciembre de 1893.

Como periodista de ley que fue, la Academia ha querido asociar también su recuerdo con el "Día del Periodista", que se ha cumplido el pasado 7 de junio, y reunir así ambos homenajes en este acto.

Larga amistad y gustos afines me vincularon a Edmundo Guibourg. Personalmente tuve el privilegio de estar cerca de él, de sus criterios sobre el teatro, de su sabiduría vital.

* La crónica de este acto, realizado el 10 de junio de 1993, puede leerse en *NOTICIAS* del presente volumen.

Lo reemplacé en la Escuela de Arte Dramático en una de sus licencias. Fui su secretario de actas cuando, en 1957, se constituyó el Centro Argentino del Instituto Internacional del Teatro que patrocinó la UNESCO. Participé del lanzamiento de todos sus libros de memorias. Y en noviembre de 1983, cuando en vísperas de cumplir sus noventa años, se presentó *El último bohemio*, Edmundo certificó con su firma y dedicatoria nuestra amistad: "A Raúl H. Castagnino, —escribió con la segura y traslúcida caligrafía octogenaria— admirable amigo, con quien siempre me sentí afín, porque nuestro amor común por el teatro empezó no contemplándolo del sesgo literario sino de la pasión del pueblo hacia el teatro. De ahí la emoción que encuentro en los ensayos y glosas de Castagnino, a quien hago la primera dedicatoria de esta edición con una gran ternura".

Iniciado en las bregas del periodismo desde muy joven —primero como dibujante oculto tras el seudónimo "Pucho", luego como hombre de teatro— la firma de Edmundo Guibourg aparece en habituales crónicas, noticias y artículos de *La Vanguardia*, *La Nación*, *Crítica*, *Argentina Libre*, *Clarín* y en colaboraciones de revistas como *Cine Argentino*, *La Revue Argentine* y otras.

En los años de florecimiento del teatro porteño estrenó algunas piezas originales. En 1921, *El sendero de las tinieblas*, representado por la compañía de Angelina Pagano y elogiosamente recibida por la crítica. En 1922, la misma compañía, con igual aceptación del público, le estrena *Cuatro mujeres*. Sin embargo, más allá de sus éxitos, a Guibourg le duelen los altibajos de calidad que advierte en los escenarios porteños. Abandona la creación dramática y le absorberán la dirección de elencos, la dirección cinematográfica de *Bodas de sangre*, la tra-

ducción de libretos, las cuestiones societarias y la defensa de los derechos autorales. Solo en 1965 se conocerá *La dicha que me diste*, creación de Guibourg que circuló en una edición de Argentores.

Mi evocación de esta tarde recorrerá tres andariveles, tal vez los menos espectaculares: los que revelan al trabajador cultural, al creador dramático y al memorialista.

Miembro, en varias oportunidades, de la junta directiva de ARGENTORES, Guibourg ocupó presidencia, vicepresidencia y secretaría general de esa entidad. Fue su representante en numerosos congresos e intervino en las horas iniciales del Fondo Nacional de las Artes y del Instituto Internacional del Teatro. Fue elegido para ocupar, con Giulio Cesare Viola, las vicepresidencias de la Federación Internacional de Autores Dramáticos (C.I.S.A.C.).

El autor teatral

He podido estar presente en diversos homenajes ofrecidos en vida y *post mortem* a Edmundo Guibourg. Pero he advertido que en ellos ha habido hasta ahora una omisión: se ha subrayado su calidad excepcional de crítico, de director teatral y cinematográfico, de periodista ágil, de dirigente teatral. Poco se ha destacado, sin embargo, su paso por la creación teatral. En estas pocas palabras quiero actualizar ese sendero, otro de los tantos transitados por Guibourg en su andar por el mundillo del teatro. Sobre todo, deseo que, junto con el desvanecimiento de una errónea presunción, que suele menoscabar la condición de la crítica y de los críticos, queden señalados los reales méritos de Guibourg, creador dramático.

Existe el preconcepto de que el ejercicio de la crítica artística es el refugio de los artistas fracasados. Una curiosa línea de inferiorización extendida a través de los siglos, conecta opinantes disímiles, aunque esencialmente próximos, como Voltaire, Sartre, o nuestro Roberto Arlt, entre otros. Voltaire afirmaba que los críticos –autores fallidos– eran como los veterinarios que examinan la lengua de los cerdos que van al matadero: nunca encuentran uno sano. Sartre, dos siglos más tarde, lanzó aquella *boutade* de que los críticos son los guardianes del cementerio. Fracasados en la condición de creadores, y llegados al borde de una fosa para suicidarse, alguien les ofreció aquel puesto de cancerberos y se transformaron en custodios de la memoria y de la gloria de los grandes muertos, ignorando a los vivos. Arlt, por su parte, compuso aquella perspicaz narración que tituló: "Escritor fracasado", en la cual con gran habilidad mimética de estilo, hizo recorrer a un creador fracasado la parábola descendente desde un gran éxito inicial hasta su conversión, por impotencia, en crítico mordaz y negativo.

Estos preconceptos son erróneos y nacieron reactivamente. El argumento más convincente para demostrar su falacia lo ofrece Edmundo Guibourg. Porque este maestro de la crítica artística, positiva y constructora, es también sutil artífice de la creación teatral, aunque, por razones comunes a los principales autores del teatro argentino de alta tesitura de la década del '20, dejó de escribir obras originales para la escena.

El repertorio de Guibourg, como autor teatral, cuenta tres piezas originales: *El sendero de las tinieblas*, de 1921; *Cuatro mujeres*, de 1922 –ambas estrenadas por la Compañía Pagano-Ducasse– y *La dicha que me diste*, no representada, pero recuperada, en 1965, en una edición de

ARGENTORES. A estas creaciones originales se suman una veintena de traducciones, que dan idea de la importancia de la contribución de Guibourg en este terreno. Entre las traducciones llevadas a cabo por Guibourg, se recuerdan: *El doctor Khon* (1918), de Max Nordau; *El derecho de amar* (1918), de Max Nordau; *Todo sea para bien* (1924), de Luigi Pirandello; *Una cosa de carne* (1924), de R. de San Secondo; *El carnaval de los niños* (1924) de Bouhélier; *Resurrección* (1927), de L. Tolstoi; *El tren fantasma* (1933) de Ridley; *Safo* (1934), de Daudet; *Crepúsculo del teatro* (1935), de Lenormand; *La señora Morli*, (1935), de L. Pirandello; *La mala hierba* (1936), de Somerset Maugham; *La mujer en flor* (1937), de D. Amiel; *Canadá* (1937), de G. C. Viola; *Mercado de amor en Argel* (1938), de Fabre Boty; *Compro un hombre* (1940), de Steve Fasseur; *La dama del mar* (1945) de Ibsen; *No se sabe cómo* (1955) de L. Pirandello.

Las tres piezas originales estructuran un mundo donde señorea la inteligencia, antes que el instinto; la sensibilidad y el refinamiento cultural antes que el desborde de sentimientos tumultuosos; el razonar claro antes que la fantasía desbocada. En *El sendero de las tinieblas* nos sitúa en el hogar de un anciano sabio biólogo. Sus dos nietas le ayudan en el laboratorio. Ambas aman a un mismo hombre. La menor sufre un dramático accidente al tropezar con una probeta con ácido y queda ciega. La mayor se resiste a aceptar la ventaja que ello significa, frente al amor. Hasta que llega la comprensión y la resignación de la ciega. Todo el proceso dramático es contenido. Y privan los matices, sugerencias y conjeturas sobre las crisis sentimentales o el estallido de las pasiones.

Cuatro mujeres, rotulada como "comedia arbitraria", se mueve en idéntico clima intelectualizado. Esta vez se tra-

ta de un artista pintor, amigo de un respetable hogar donde tres hermanas conviven, quien se ofrece desinteresadamente como marido de una de las jóvenes, seducida por un mal hombre, para evitar que la murmuración caiga sobre el anciano padre.

La no cohabitación del matrimonio aceptado y la inestabilidad emocional de la joven seducida, origina tensiones; sobre todo, con la reaparición del seductor. La ruptura de la unión, a poco de nacer una hija, revela que otra de las hermanas de la seducida estaba enamorada del desinteresado marido. Este, desilusionado, se consagrará sensualmente al arte y canalizará amoríos fáciles. Aquí también, el medio tono, la *politesse*, el matiz, forman parte de la estructura de la pieza. Los personajes no caen en arrebatos externos; aunque permanezcan sentados, sin embargo, se percibe el drama interior que los recorre.

En *La dicha que me diste* se revive el clima intelectualizado de un ambiente de artista, la difícil convivencia de seres hipersensibilizados, pero la privanza final de su condición humana.

Las tres piezas ofrecen la singularidad de una concepción teatral fundada en el privilegio de la palabra y la razón, obediente a la orientación francesa entonces vigente de Vildrac, Maeterlinck, Sarmant, Denys Amiel, Jean-Jacques Bernard: una dramática intimista, de sondeos psicológicos.

Todas ellas presentan personajes de una clase social culta y con diestro manejo del arte de la conversación. Hoy hablar del "arte de la conversación" suena como antigua. Pero la posesión de ese arte fue un rasgo positivo de la sociedad argentina en un tiempo lamentablemente esfumado, a tal punto que a ciertas personalidades criollas se las recuerda como "los conversadores" y se ha dicho de

ellas que –absorbidas por el diario trajinar– a veces no tuvieron tiempo para escribir una página, pero en cada tertulia conversaban un libro.

Esto se advierte en el juego teatral que ofrecen las piezas de Guibourg. Los personajes son capaces de la esgrima verbal y esto condiciona la estructura dramática. Es interesante subrayar que este tipo de teatro, de hondo conceptualismo, se corresponde con un tiempo, con una época; tiempo en el cual la creación dramática, junto con una trama y un planteo de acción, compagina un sólido contenido intelectual.

Pero este, frente al teatro de Guibourg, mueve a poner el acento en otra peculiaridad. Aunque se aparta del realismo y del naturalismo imperantes en la escena en la década anterior, aboceta la realidad; elude las violencias en el choque entre antagonistas; modera los tonos; evita los engolamientos y grandilocuencias. Sin embargo, sus personajes, dentro de la urbanidad de las respectivas conductas, documentan el ser de un sector culto de la sociedad porteña. No obedecen a una intención costumbrista ni documental; a pesar de ello, constituyen un calar en profundidad la idiosincrasia de dicho sector. El teatro de Guibourg, en este aspecto, no responde a un criterio de fotografía exterior, sino al de una radiografía anímica. Y lo que queda radiografiado de tales núcleos sociales, es la captación de su psicología en el tiempo de entreguerras.

Otro hecho subrayable en el teatro de Guibourg: en las tres piezas originales reaparece un personaje bueno, noble, comprensivo; en definitiva, el ser humano que el autor siente como ideal; tal vez la trasposición escénica de aquella criatura vital con la cual le reconocemos. Ya dije que suele arrastrarse el preconcepto de que el ejercicio de

la crítica es refugio de creadores fracasados. Pero Guibourg creador ha revertido ese preconceito: él es el crítico, el fracasado con un único fracaso: el de haber decidido no volver a escribir más obras teatrales.

Que aquella decisión haya sido para lamentar, lo demuestra el hecho de que tres piezas originales han bastado para que Guibourg quede apareado al grupo de creadores teatrales que dieron grandeza, solidez y proyección al teatro argentino; para que lo saludemos también en este campo, como maestro y sembrador.

El memorialista

Y llegamos al tercer aspecto memorable para recordar al inolvidable amigo que fue Edmundo "Pucho" Guibourg, en su centenario. No para bordar homenajes floridos y retóricos, de los cuales él escapaba, sino simplemente para la evocación cordial, doméstica. Para recuperarlo, por un instante, en nuestras mentes, en nuestros corazones, en alguna circunstancia compartida.

Como ya dije, lo frecuenté a lo largo de casi medio siglo. Lo vi actuar en la función pública, en dirigencias societarias, en arduos asesoramientos. Le oí agudezas de entreacto en las veladas de estreno y redondear juicios certeros en sobremesas y tertulias de café.

Puedo asegurar que pocas veces he hallado una personalidad tan coherente, tan íntegra; un ser tan consecuente con los principios de la dignidad humana y de la libertad en todas sus manifestaciones.

Dije también que para que la evocación del amigo resultara más vívida, alguna circunstancia compartida era buen medio. En mi caso diré que, al margen de las

actividades oficiales y oficiosas comunes, en numerosas ocasiones tuve el privilegio de participar de actos programados en su honor, en amistosos festejos de cumpleaños. Pero de los que guardo imborrable recuerdo son los de las presentaciones de tres de sus libros: *Calle Corrientes*, *El último bohemio* y *Al pasar por el tiempo*. Intentaré evocar las dos últimas, porque *Calle Corrientes* es una selección de apuntes, aparecidos en las páginas de *Crítica* a partir de 1932, prologados por César Tiempo y encabezados por una carilla manuscrita del propio Guibourg, que hace prescindible cualquier comentario o acotación. Dice en ella: "Empecé el columnismo de *Calle Corrientes* a poco de regresar de mi corresponsalía europea (cinco años) . Corrían los años '30. Me fui de *Crítica* a los 26 años de haber ingresado a esa colmena de grandes periodistas y grandes amigos. Me perdería en el fárrago si tuviera que revisar aquel trabajo cotidiano, hecho al día y a la hora. Hay que tomar cualesquiera artículos a la marchanta y esperar que los justifique la época, si la refractan. Buena excusa al que en el montón queden cosas mejores. Las bibliotecas han sido mi pasión, son nichos. Toda letra viva es muy pronto letra muerta. Públíquese, archívese, etc. Dic. '73 (Fdo. Edmundo Guibourg)".

La presentación de *El último bohemio* se llevó a cabo en el *hall* del Teatro Municipal Gral. San Martín. Constituyó un hecho cultural de relieve que, por igual, convocó gente de teatro y de cine, del periodismo y las letras, del arte y de la intelectualidad. Un hecho cultural coloreado y caldeado por la amistad y la admiración hacia una personalidad impar como lo fue Guibourg. Un hecho que, por fortuitas razones cronológicas, se desdobló en dos fases concurrentes y complementarias: una dirigida hacia la persona de Guibourg, que cumplía noventa años; otra el

acompañarlo en el lanzamiento del esperado libro de memorias, que con el título de *El último bohemio* acababa de editar.

En ese libro reunió sus conversaciones con la periodista Mona Moncalvillo y fijó parte de sus recuerdos. Pero no hay en sus páginas melancolías ni tristezas. Es un libro de un nonagenario que exulta vitalidad y despide dinámicas vibraciones. Un libro del que, por llevar la firma de Edmundo Guibourg y ser presentado con carácter de memorias, cabría deducir que lo nutren solo las experiencias de un individuo. Pero apenas nos adentramos en su contenido, recibimos la impresión de que no solo son múltiples las experiencias en él consignadas, sino que, además, al concluir su lectura, nos sentimos movidos a preguntar, con asombro, si en realidad es posible haber visto, oído y vivido en una sola vida, cuanto vio y vivió Edmundo a lo largo de la suya.

Pero tal asombro fue, también, algo experimentado por el propio Guibourg cada vez que, desde aquella empinada novena década de su existencia fructífera, tenía que apelar a un recuerdo o a un pormenor del pasado y no era uno sino cientos los aflorados a su memoria privilegiada. Entonces —casi como disculpándose— acotaba esta espontánea explicación: "He conocido tanta gente, que mi vida no es mi vida, sino la de la gente que he conocido..."

De los recuerdos de Guibourg consignados en *El último bohemio* resurge la *petite histoire* de un mundo que fue; aquella que los eruditos tratados no registran y a los sesudos historiadores se les escurre como arena entre los dedos. Y si rica en datos casi desconocidos, en quisicosas, revive en los recuerdos de Guibourg la historia de medio mundo, no menor acopio registra en lo doméstico de nuestra historia teatral en el extendido lapso en que

Edmundo la transitó. Autores, artistas, empresas son evocados en sus climas naturales, en momentos de ascenso y en los de frustración, en alegrías y dolores, en intimidades y trascendencias. Vida y convivencia entre bastidores se revelan en plenitud; sin chismes, morbosidades o sensacionalismos. Diríase que buena parte de la actividad teatral argentina y extranjera durante más de medio siglo —incluido el mito de Gardel— se reanima en las páginas de *El último bohemio*, con magia reveladora.

Fui activo participante de la circunstancia del lanzamiento de este libro de Guibourg, y me atrevo a hablar de ella por conocimiento directo. Otro tanto ocurre con el último libro que Edmundo alcanzó a publicar en vida: *Al pasar por el tiempo*. Fue editado por la Fundación Banco de la Provincia de Buenos Aires y lanzado en acto público en el salón de dicha Fundación.

Guibourg, ciudadano vitalicio y honorario de la noche porteña, revive en *Al pasar por el tiempo* su infancia y adolescencia, su actividad y quehaceres con Gardel, la vida nocturna de Buenos Aires en la primera mitad del siglo. Desde su condición de periodista —con tareas diversas cuyas alternativas rememora desde los primeros pasos como dibujante, luego como hombre de *La Vanguardia* y de *Crítica*—, tiene sobrada autoridad para reconstruir fidedignamente el mundo del teatro y de la noche porteña. Lo hace con lujo de observaciones cordiales hacia toda suerte de creadores, mayores o menores; con evocaciones detenidas de las figuras excepcionales —argentinas o extranjeras— que conoció como crítico, autor, director de compañías, dirigente de sociedades autorales o representante de las mismas en congresos internacionales.

Durante largo tiempo Guibourg también fue corresponsal europeo de diarios argentinos, y sus conocimientos de

la vida artística del Viejo Mundo se hicieron tan familiares y requeridos como los de la noche porteña. De hecho, esa convivencia europea le convirtió en una especie de cónsul alerta y generoso que supo grabar en su retina y en su corazón cuanto vio y amó allá.

Entre la selección de crónicas de *Calle Corrientes*, *El último bohemio* y *Al pasar por el tiempo* hay estrecha relación temática y de finalidad. Desde el eje central que es la memoria de Guibourg y sus experiencias vividas, se ensanchan sucesivos círculos concéntricos de radio cada vez mayor.

En cada ampliación de sus memorias, Guibourg se explayó en un sentido peculiar y, en el conjunto, dejó fijados aspectos y órdenes que importan una documentación vital de sí mismo y del siglo, un valiosísimo testimonio de matices que no suelen consignar las historias.

Y si al recordar la infancia, recuerda los barrios de inmigrantes; si desde el centro cultural que fue París revive la vida europea de los años treinta con sus políticos y artistas, bohemios y aristócratas, príncipes y mendigos, patoteros criollos y famélicos parias —todo un micro-universo que Guibourg denominó "la segunda belle époque"—, también otros aspectos que le conciernen personalmente quedan apuntados: las políticas locales que le tocó padecer, su paso por el Fondo de las Artes, los sentimientos íntimos sobre religión, la afición turfística y su sabiduría sobre el tango. Añadiría, todavía, que del conjunto de estos libros memoriosos y memorables, el lector alerta también entresacará rigurosa información filológica sobre matices del lunfardo.

La memoria de las generaciones suele ser tornadiza. Pero si los recuerdos se fijan en los signos indelebles de la escritura, perdurarán. Adquirirán perennidad. Los testi-

monios fijados en escritura por nuestro amigo han rescatado del olvido fisonomías e intimidades del siglo que él transcurrió. Pormenores que el tiempo evanescente pudo borrar pero que permanecerán, precisamente, porque Guibourg los ha concitado en sus memorias.

Por eso, constituye un leal acto de justicia el que hoy los amigos de Edmundo Guibourg, al recordarlo, evoquemos en él al evocador, a quien supo revivir lo pasado y conservarlo para los tiempos venideros.

Raúl H. Castagnino